

HOWARD FAST

EL EXTRAÑO



El protagonista de esta novela de Howard Fast es David Hartman, que el autor nos presenta de joven rabino, en el momento en que acaba de regresar de la Segunda Guerra Mundial. David es destinado a un idílico pueblo de Connecticut, que ofrece un violento contraste con los horrores de los que ha sido testigo, para servir a una comunidad de catorce familias. La novela abarca toda la carrera de Hartman: la buena acogida que recibe del ministro congregacionista, que se convierte en su mejor amigo, los altibajos de la vida matrimonial, la educación de sus dos hijos, el auge de la congregación, su aprendizaje de las funciones del rabinato y la reacción de una pequeña comunidad de Connecticut a los acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX.

Howard Fast se muestra, como siempre, un narrador excelente que atrae hábilmente al lector al mundo de David, hasta darle la impresión de que comparte su vida. También entretiene en la narración reflexiones acerca del bien y del mal, judaísmo y cristianismo, moralidad e integridad y el significado de la vida.

Dedicado al extraño, al recién llegado
Benjamín Isaac Grace Fast; bien venido
a este mundo tan curioso. Te saludo con amor
y te deseo que conozcas la felicidad y el éxito.

PRIMERA PARTE

1946

Capítulo 1

El rabino David Hartman llegó a Leighton Ridge en la primavera de 1946, seis meses después de ser licenciado del Ejército de los Estados Unidos, en el que sirvió en calidad de capellán de la Infantería. Aquellos seis meses fueron una mezcla de tristeza y felicidad. Su licenciamiento, acelerado por noticia de la enfermedad de su madre, le permitió llegar a la cabecera de su cama sólo unas horas antes de su muerte. El padre había muerto cuando David era niño, y la madre le había criado, atendido y adorado.

Cinco meses después, David se casaba con Lucy Spender, a la que conoció un par de semanas después de la muerte de su madre. Lucy trabajaba de voluntaria en una cantina de las Fuerzas Auxiliares Femeninas situada en la parte baja de Broadway. David había ido a rezar las oraciones de la noche, servicio organizado para los soldados judíos que deseaban decir el *Kaddish* por los difuntos. Cuando conoció a Lucy, bonita, esbelta, con una abundante cabellera castaño claro y ojos pardos, David vio en ella algo que le recordó vivamente a su madre. Y Lucy vio a un hombre alto, delgado, tostado por el sol, con unos ojos muy azules, facciones aceptables y una sonrisa entre triste y deliciosa. Tenía la boca grande, la nariz prominente y una espesa mata de cabello castaño, y la circunstancia de que todavía vistiera uniforme, con unas condecoraciones impresionantes en el pecho hacía de él un rabino apuesto donde los hubiera, por lo menos a ojos de Lucy.

El padre de Lucy era maquinista —mejor dicho, linotipista— del *New York Times*. Su madre trabajaba de meca-

nógrafa en el Ayuntamiento —mejor dicho, el Consejo Municipal— y tanto el padre como la madre eran judíos ateos militantes. A pesar de este antagonismo con Dios —porque un judío ateo es más ferviente en su furor y su discrepancia con Dios que en su agnosticismo— recibieron a David Hartman con los brazos abiertos y dieron su consentimiento al matrimonio. Lo cual no era óbice para que se sintieran escépticos acerca de las posibilidades de David para mantener a su hija.

Mientras hablaba con el rabino Belsen, que presidía el comité de colocación del Instituto Judío de Religión, seminario en el que estudiara David, éste empezó a compartir las dudas de Herbert y Sally Spender.

—El inconveniente, David —decía el rabino Belsen—, es que usted es muy joven aún, no tiene ni los treinta años. Créame, ése es un problema que para mí quisiera. De todos modos, no deja de plantearle ciertas dificultades. Sé que acaba de contraer matrimonio, y eso le hace imprescindibles unos ingresos. Reconozco que nosotros tendríamos que haber hecho provisiones para los jóvenes que están licenciándose, pero carecemos de los medios. Hay otros tres hombres mayores que usted, padres de familia. De manera que, si tiene paciencia, tal vez dentro de un mes...

David asintió. La paciencia no le faltaba, pero necesitaba urgentemente un empleo.

—... a menos que... —agregó el rabino Belsen.

—¿Sí? —preguntó David con ansiedad.

—Si usted se aviene, David, hay una plaza. No puedo dársela a un rabino con familia, desde luego. Pero un joven como usted, recién salido de la vida militar, que no ha sido precisamente una gira de placer, eso por descontado. No les pondrían sábanas de seda durante la invasión de Normandía.

—No, creo que no —sonrió David.

—Está bien. Escuche. En el Condado de Fairfield hay una pequeña localidad llamada Leighton Ridge, en cuya

demarcación viven catorce familias judías que desean una sinagoga y un rabino. Tengo que advertirle, David, que llevamos dos semanas tratando de encontrar a alguien que acepte la plaza. No es una bicoca. Ofrecen vivienda, que tal vez esté en condiciones de ser habitada o tal vez no, y un salario de mil doscientos dólares anuales. Quizá consigamos que lo aumenten a mil cuatrocientos o mil quinientos, pero no más, ya que, según me han dicho, tienen que pagar dos mil dólares por la casa, como anticipo, con una hipoteca de ocho mil, más otros mil por la sinagoga, da un total de cuatro mil, aunque no sé qué sinagoga se puede conseguir por cuatro mil dólares.

—¿Dónde está el condado de Fairfield? —preguntó David. Él se había criado en Nueva York, en los años treinta, y no tuvo ocasión de conocer Connecticut.

—Ajá, no dice que no de entrada. Buena señal. El Condado de Fairfield está en Connecticut. Queda al nordeste del Estado de Nueva York, abarcando unos cincuenta o sesenta kilómetros de sus límites y tengo entendido que Leighton Ridge es una pequeña ciudad de unos cuatro mil habitantes. Ahora viene lo peor. Entre las catorce familias judías, hay dos ortodoxas y dos conservadoras que si se adhieren al movimiento de la Reforma es porque sólo así pueden tener una sinagoga. Si hubiera tres familias ortodoxas, se construirían su propia sinagoga. Bueno, es una broma, David.

—Sí. Rabí Belsen, cuando ingresé en el Ejército, casi había decidido abandonar el rabinato, tal vez para estudiar Medicina. Pero, después de lo que vi... en Dachau y en otros campos de concentración... bueno, no importa la paga. Entonces me prometí a mí mismo no preocuparme por la paga.

El rabino Belsen miró a David Hartman con nuevo interés. Recordaba vagamente al estudiante David Hartman, uno de tantos; pero el hombre que ahora tenía delante era muy distinto, un rostro enérgico pero no desprovisto de

inocencia y, como incrustados en aquel rostro anguloso, unos ojos de mirada triste. Era modesto pero no humilde. No preguntaba nada.

—Sí —dijo el rabino Belsen tras una pausa—, puede ser adecuado para usted.

—Tengo que hablar con Lucy. Pero... sólo catorce familias... ¿Es que allí no quieren a los judíos?

—América es muy grande, David, y existe un número limitado de judíos. Catorce familias me parece una comunidad proporcionada para una localidad como Leighton Ridge.

—Verá, rabí Belsen —dijo David—, yo tengo veintinueve años, nací en Nueva York y, ¿sabe?, no he estado nunca en Connecticut.

—Dado que pasó seis años en el Ejército y antes iba a la escuela y al Instituto, me parece natural.

—De todos modos, no deja de ser extraño. Quiero decir que me siento raro. He estado en el Norte de Africa, en Inglaterra, en Francia y en Alemania... pero no en Connecticut. Supongo que necesitaré un coche.

—Supongo que sí.

—No sé conducir. Creo que Lucy, sí. Aunque no estoy seguro. No hemos hablado de eso.

—Consúltelo con ella, David. Luego volveremos a hablar de Leighton Ridge.

Pero, antes de presentar la propuesta a Lucy, que seguía viviendo en casa de sus padres, David entró en la Biblioteca Pública de Nueva York, pidió una Historia de Connecticut y leyó el único párrafo dedicado a Leighton Ridge. Históricamente, Leighton Ridge no parecía excesivamente importante. David averiguó que era un pequeño municipio de Fairfield, situado en el nordeste del Condado, que había sido fundado por el capitán Egbert Leighton en 1771, fecha en que se le otorgó una concesión real de mil cien acres por sus servicios en la guerra contra los franceses, que se

sentaba sobre la cordillera del bajo Connecticut, que sus inviernos eran fríos y sus veranos, salubres.

—¿Y podemos vivir con mil doscientos dólares al año?
—preguntó Lucy. —Son veinticinco dólares a la semana. Te pagaban más en el Ejército.

—En el Ejército tenía una congregación mayor.

—Catorce familias...

—El mínimo son diez. Según la ley judaica, eso constituye una comunidad.

—Tú no te arredras, ¿verdad? —dijo Lucy. —Reconozco que a mí me asusta.

—Bueno, a mí también. Pero no como me asustaban las cosas que ocurrían al otro lado del Atlántico. Yo no esperaba que me dieran el templo de Emanu-El ni cosa por el estilo, pero pensaba que, en el peor de los casos, podría entrar de ayudante en alguna congregación de Nueva York, Chicago o Los Ángeles.

—Una vez estuve en Los Ángeles. Me encanta. Allí casi todo el año hace calor. En Leighton Ridge debe de hacer mucho frío. Resulta frío hasta el nombre.

—Según el libro que consulté en la biblioteca, la temperatura en Leighton Ridge oscila en el invierno entre los cero grados y unos mínimos de veinte bajo cero. Pero no es el frío lo que me preocupa. Es que yo no me figuraba una cosa así. Durante el servicio, te pasas mucho tiempo soñando con la vida que llevarás después, cuando vuelvas a casa. Y esto es tan distinto a todo lo que yo soñaba.

—No tienes por qué aceptarlo —dijo Lucy. —Al cabo de tres años de cantina, soy como cualquier camarera profesional y podría buscar un empleo, lo mismo que tú. ¿No decías que te habían ofrecido una plaza de lector de Historia en la Universidad de Nueva York? Alquilaríamos un apartamento...

—Yo soy rabino, Lucy.

—Ya lo sé. Y no te pido que seas otra cosa, David, sino sólo que tomes un empleo temporal hasta que salga algo

bueno en el rabinato.

Él le dio un beso. Realmente, le tenía cariño. Era dulce e inteligente y, bajo aquella dulzura, había todo un carácter. Pero también era muy joven y una neoyorkina pura. No le resultaba fácil explicarle lo que habían representado para él las experiencias vividas en Europa. Aún no se sentía capaz de hablar de lo que había visto en los campos de concentración.

—Creo que tengo que aceptar lo de Leighton Ridge, si estás de acuerdo —dijo él.

—Yo estoy de acuerdo con todo lo que tú decidas, David. Pero ¿por qué?

—No lo sé. Pero me lo han ofrecido, y no puedo decir que no al rabino Belsen. Pero algo tiene de bueno, y es que, por lo menos, seré mi propio jefe, no el ayudante de nadie.

—Menos mal.

—Tú sabes conducir, ¿verdad? Creo recordar que dijiste algo de eso.

—David, he llevado una furgoneta de las Fuerzas Auxiliares durante seis meses.

—Bien, muy bien. Tienes que enseñarme. Las estaciones de ferrocarril más próximas son Westport y Fairfield, y están a varios kilómetros.

Al día siguiente, David volvió al Instituto y llamó a la puerta del despacho del rabino Belsen. El rabino, cuya barba blanca recordaba a David la idea que él se había hecho de Dios cuando niño, abrió la puerta, miró a David con gesto de contrariedad y le invitó a entrar con un ademán.

—¿Ocurre algo? —preguntó David.

—Espero que nada malo. Usted viene a decirme que acepta el puesto de Leighton. Pero estoy preocupado. Esta mañana entré en una tienda de comestibles. No lo hacía desde antes de la guerra. Mi mujer se encarga de la compra. No sé cómo van a vivir ustedes con veinticinco dólares a la semana. Las cosas ya no están como en los años trein-

ta. Tal vez deberíamos establecer un salario mínimo. Un rabino es un ser humano. Lo propondré al consejo.

—Ya nos arreglaremos —dijo David. —Yo tengo mi paga de licenciamiento y unos ahorros. Lucy también tiene algo y luego están los regalos de boda. Reunimos entre los dos casi cinco mil dólares. Con eso tendremos para un par de años. Además, con todos los hombres que están licenciándose, casándose y buscando un lugar para educar a sus hijos, la comunidad judía de allí tiene que crecer. Quién sabe si dentro de unos años no tendré una congregación de un centenar de familias.

—Cosas más difíciles se han visto —dijo el rabino Bel-sen. —Así que se va usted a Leighton Ridge. Por lo menos, aire puro no le faltará. David, yo no acostumbro dar consejos, pero permítame decirle dos palabras. Trate usted de amar a su congregación aunque a veces le resulte difícil; y éstas pueden ser las más. No espere bondad, ni siquiera integridad. Es usted quien debe inculcarles estas virtudes. Y no espere gratitud. Es algo precioso que con el tiempo tiene que llegar, pero no la espere. Y cuando venga a Nueva York hágame una visita y cuénteme lo que ocurre por allí. Me interesa.

—Por supuesto.

—Bien. Aquí tengo unas notas que había preparado para usted. Primero: el presidente de la congregación. Allí sólo hay catorce familias, pero como no consiga congraciarse con el presidente de su congregación, esas catorce familias le darán más trabajo que cien. El presidente se llama Jacob Osner, Jack se hace llamar. Almorzamos juntos cuando vino a hablarme de organizar la sinagoga. Es hombre inteligente y enérgico, pero frío y, posiblemente, pragmático. Sus abuelos eran judíos alemanes. Tiene cuarenta y tantos años. Una ventaja, David: también estuvo en el servicio. Era coronel del Tribunal Militar. Tiene un hijo de doce años y una niña de nueve, me parece. Quizás en parte le impulsa a promover la creación de una sinagoga el deseo de celebrar

la ceremonia de Bar Mitzvah^[1] de su hijo en Leighton Ridge. Usted es joven, él es un hombre maduro y quizá no todo lo tolerante que debiera. O quizá sí. No sé. Pero, David, procure tenerle siempre de su parte y, nunca, de adversario.

—Desde luego, lo procuraré.

—Bien. El comité de la sinagoga lo componen tres miembros: primero, Osner, abogado, por cierto que tiene el bufete en Nueva York; luego está Joe Hurtz, de la misma edad, dueño de una tienda de artículos de caballero en Danbury y padre de tres hijos. Me dijo Osner que el *Bar Mitzvah* del mayor, que ahora tiene quince años, tuvo que celebrarlo en una *shul*^[2] ortodoxa de Bridgeport. Eso no le gustó nada. Ocurre allí algo muy curioso, tal vez por causa de la guerra y el Holocausto, y tal vez el fenómeno se repita en otros lugares, pero parecen querer alardear de su judaísmo con enojo. O, si no con enojo, por lo menos con energía. ¿Por dónde íbamos?

—Me hablaba del comité.

—Sí. —El anciano consultó sus notas—. Sí, el comité. El tercer miembro es Mel Klein. Tiene un taller de confección en Nueva York, «Modas Klein». Según Osner, está en muy buena posición. Supongo que por eso le han incluido. Viene a Nueva York todos los días. Y ahora ya sabe usted acerca de la congregación de Leighton Ridge tanto como yo. Además de los oficios de *Shabbas* y las fiestas, necesitarán un *minyán* para el *Kaddish* de los difuntos cuando llegue el caso. Con sólo catorce familias, lo más seguro es que no pueda usted zafarse.

—He pensado en eso, y no me parece posible que todas las familias judías de la región estén en ese grupo. Tiene que haber más.

—Está en lo cierto. Según Osner, hay otras familias. Algunos son matrimonios mixtos y otros no tienen interés por la religión. Usted sabrá lo que tiene que hacer. Quizá Lucy

podiera enseñar la Biblia. ¿De qué clase de familia procede?

—Judíos agnósticos.

—Pero se casó con un rabino.

—Para enseñar la Biblia, antes tendría que estudiarla.

—¿Por qué no? Con tal de que se mantenga un capítulo por delante de sus alumnos. La clase de hebreo tendrá que darla usted... hasta que la sinagoga pueda pagar a un maestro. ¿Aún le interesa ese destino?

David asintió.

—Conozco a una docena de hombres de su edad que se asustarían ante semejante perspectiva. Si quiere el cargo, es suyo.

—Si me aceptan.

—Le aceptarán. No hay otros aspirantes, David.

Pero cuando, aquella noche, después de la cena, David dio los pormenores a Lucy, en casa de sus padres, ella le miró angustiada y susurró:

—¿Te das cuenta de lo que nos espera?

—No del todo. Pero tampoco me la daba cuando ingresé en el Ejército.

—Esto no es el Ejército, David. La guerra ha terminado. ¿Y por qué tengo que enseñar la Biblia?

—Porque, si no, tendré que enseñarla yo.

Sally, la madre de Lucy, estaba en la cocina, fregando los cacharros y Herb, el padre, secaba. La puerta que daba al comedor no era a prueba de sonido, ni mucho menos.

—¿Has oído eso? —susurró Herb.

—No quiero oír nada, y tú no te metas.

—Pero lo has oído.

—No te metas.

—También es hija tuya. Y no es como si tuviéramos siete hijos. Tenemos una hija. Una, punto.

—Tenemos una hija, sí. Hace dos semanas que se casó y tú ya estás deseando que se divorcie.

—No digas tonterías. Yo no quiero que se divorcie.

—Gracias a Dios. A ver dónde encontrarías a un chico como David.

—Y por eso mi hija tiene que irse a vivir como una campesina a un lugarejo remoto, llamado Leighton Ridge —surró Herb roncamente.

—No es un lugarejo remoto. Es un sitio muy bonito, a menos de cien kilómetros de Nueva York.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo busqué en el atlas —cuchicheó Sally con vehemencia.

—De manera que la niña trae al novio a casa y el padre le pregunta cómo se gana la vida, él responde que es rabino y la madre dice entonces: ¿qué clase de trabajo es ése, para un muchacho judío que se precie?

—Eso que dices es repugnante.

—Es un chiste judío.

—Es una estupidez, como casi todos los chistes judíos, y tú, Herb Spendler, haz el favor de no inmiscuirte. Déjalos en paz.

En el comedor, Lucy preguntaba, quejumbrosa:

—David, ¿tú te habrías casado conmigo, si llegas a saber que no había leído la Biblia? Lo que es más, hasta que rabí Belsen nos casó, no había puesto los pies en una sinagoga.

—No era una sinagoga, sino el despacho de rabí Belsen. Y yo sabía que Herb y Sally son ateos.

—¿Y no te importó?

—No. ¿Por qué tenía que importarme?

—Ni siquiera distingo una sinagoga del despacho de un rabino.

—Ya aprenderás. Ahora, lo más urgente es el coche.

—¿De verdad quieres que enseñe la Biblia?

—Es divertida: batallas, orgías, adulterios, onanismo, amores...

—¿Qué quiere decir onanismo?

—Primero léelo y luego hablaremos.

—Al oírte cualquiera diría que la Biblia es un tratado de pornografía.

—Y otras cosas. Lo cierto es que los cronistas judíos que la escribieron no usaban tapujos y llamaban a las cosas por su nombre. Luego, con la traducción, naturalmente, se suavizaron los términos, y en lugar de decir que se la llevó a la cama dice que la conoció, pero en seguida te aclararás.

Los padres de Lucy volvieron al comedor en aquel momento con el café y el pastel, y Herb no pudo menos que decir:

—Catorce familias, Dave. ¿Y si se retiran cinco? Zas. Tienes que cerrar.

—Es verdad. Me hace falta un mayor respaldo.

—Pero primero, lo primero —dijo a Lucy, y al día siguiente salieron a buscar un coche. Al fin fueron a parar al almacén del «Honrado Joe Fierello» de la Calle Cincuenta y Dos. El Honrado Joe tenía una cara de querubín que inspiraba confianza y un «Chevrolet 1940» dos puertas que podía adquirirse por doscientos dólares. «Cien dólares la puerta», les dijo, con lo que demostró poseer sentido del humor además de instintos de pirata.

—Mil novecientos cuarenta fue el último año en que se fabricó un buen coche —explicó. —Comparada con la basura que hacen hoy, esta monada es toda una obra de arte, y un regalo. Ya no se hacen cosas así.

Los recién casados salieron de allí en la pequeña obra de arte. Lucy conducía y David la observaba atentamente.

—No parece difícil —dijo.

—No, una vez dominas las marchas y consigues relajar los músculos. ¿A dónde vamos?

—A echar un vistazo a nuestro destino, mientras resistan las ruedas.

—¿A Leighton Ridge?

—Eso es. ¿Sabes por dónde se va?

—David, no tengo ni la más remota idea. Creí que no te esperaban hasta dentro de tres días.